

dujo un progresivo descenso de las ventas del pan municipal, debido a la fuerte competencia y a la ausencia de un plan de modernización tecnológica en las estructuras productivas del viejo pósito. Sin embargo, y a pesar de su escasa solvencia financiera, el ayuntamiento conservó su tahona por su capacidad para regular los precios del pan. Una conservación que vio su fin en las primeras décadas del siglo XX, cuando por real decreto se retornaba a las tasas o precios máximos y se dejaba la regulación de los precios de los artículos de primera necesidad en manos de las llamadas *juntas provinciales de subsistencias*. Sólo así se entiende la decisión municipal de cerrar el Vínculo, ante la pérdida definitiva de su utilidad pública. Como se recoge en las páginas postreras de la tesis, la tradición intervencionista en el mercado de este abasto quedaba asegurada mediante la tasa al pan, aunque hubo que esperar más de cuatro siglos para que en Pamplona la compra de la tranquilidad pública se hiciera con otra moneda de cambio.

La idea euskara de Navarra, 1864-1902

José Luis Nieva Zardoya

El 30 de junio de 1997 José Luis Nieva Zardoya defendió en la Universidad de Navarra la tesis doctoral titulada *La idea euskara de Navarra, 1864-1902*, dirigida por Juan María Sánchez-Prieto. El tribunal compuesto por Jesús Longares, Joseba Arregui, Daniel Innenarity, Emilio Majuelo y María del Mar Larraza decidió otorgarle la calificación de aprobado *cum laudem* por unanimidad.

Si bien los años 80 y 90 han presenciado la proliferación de trabajos que buscaban desentrañar de un modo más inmediato los orígenes intelectuales del nacionalismo vasco, la mayoría ha solido considerar dichos orígenes como precedente de la inevitable aparición nacionalista con Sabino Arana, muchos han coincidido en situar el caso navarro como parte del todo vasco y casi siempre Navarra ha cumplido el papel de tierra a conquistar por las huestes del P.N.V.

El aparente fracaso de la idea euskara de Navarra también invitaba a su estudio histórico, de forma minuciosa. El mismo periodo amplio de la investigación ha permitido tener una visión global de los principales jalones de nuestra historia, desde el impulso *Laurak-Bat* de 1866 a la Gamazada, casi treinta años después. En el intento se ha pretendido, además, que fuesen los propios protagonistas los encargados de pintar la idea euskara.

Esta, la *vieja* idea euskara, nació antes de la Revolución de 1868. Aunque quizá sólo fue la condensación de las aspiraciones que *siempre* habían existido en las provincias vasco-navarras. Pero para que se produjera esa explicitación hacía falta un detonante y éste se lo dio la práctica del Gobierno central para con estas tierras, que unida a la inestable situación política española, hacía barruntar el fatal estallido contra las últimas libertades vasco-navarras.

La vieja idea euskara se erigió así como dique frente al mundo exterior: el *Laurak-Bat*. En cuanto a la relaciones entre Vascongadas y Navarras, los límites del *Laurak-Bat* también estaban claros: que cada componente mantuviera sus respectivos fueros, pero sin dejar de colaborar en todo lo que pudieran sacar mayor beneficio yendo juntos y no separados. Los navarros, precisamente, fueron quienes más empeño pusieron en el intento y quienes terminaron por arrastrar a los vascongados.

Estos fueron los términos en los que se mantuvo el *Laurak-Bat* tras la segunda contienda carlista, cuando apareció la *nueva* idea euskara. Pero ésta ya se había definido como algo que abarcaba lo cultural, lo político y lo social. Fue también cuando las instituciones oficiales que hasta la fecha habían protagonizado ese acercamiento vasco-navarro cedieron el puesto a las asociaciones de marcado carácter cultural. Dentro de esas agrupaciones destacó sobremanera la Asociación Euskara de Navarra, la sociedad que surgió con el firme propósito de llenar el aspecto más propiamente cultural de la idea euskara.

Pero, ¿qué se escondía detrás del término euskaro? Quizá lo más adecuado sea distinguir dos grupos. Eso sí, en ambos los personajes se repiten y los principales hombres de uno lo eran del otro. En primer lugar, podría hablarse de euskaro en el sentido más amplio de la palabra, entendiéndolo por tal a toda persona que de una u otra manera defendiera las leyes y costumbres vasco-navarras. Pero también habría una concepción más limitada del término euskaro, centrada en los aspectos más propiamente políticos del fenómeno. Sería la de aquéllos que en defensa de esas leyes y costumbres vasco-navarras patrocinaban la unión de los habitantes de cada provincia y de todas las provincias entre sí, apartándose para ello de la política *ultra-ibérica*: eran los euskaros políticos.

Campión quizá tuviera razón cuando en una de sus conferencias catalanas dijera que acaso los navarros habían dado demasiado pronto el salto de lo cultural a lo político. Lo cierto fue que los más destacados representantes de la Asociación Euskara recorrieron ese camino con la fundación, primero, de *El Arga* y, después, del *Laurak-Batu*. Y dieron un nuevo paso con el apoyo de dichos periódicos a distintas candidaturas a la Diputación de Navarra y Ayuntamiento de Pamplona.

En las confrontaciones electorales se quemaron los euskaros políticos y en su hoguera ardieron las ilusiones de la Asociación Euskara. Identificado desde el exterior lo político y cultural, la dura lucha diaria acabó por herir de muerte a la sociedad. No en balde la apuesta política euskara suponía romper con la dinámica del momento dominada por el choque liberalismo-carlismo. Frente a éstos, que consideraban que se podía servir a Navarra y España, los euskaros políticos siempre manifestaron que sólo podía servirse a uno, a Navarra. Y eso ninguno de los dos bandos se lo perdonó. Es ahí donde nació el *fuerismo a secas*, el fuerismo que se separó del liberalismo y carlismo para seguir su propio camino.

Pero los fueristas no supieron vender su producto o éste fue hábilmente manipulado por sus opositores. En último término, el distinto *status* de Navarra alimentó también las discrepancias *internas* sobre el *estar* de Navarra con respecto a Vascongadas. Esta fue acaso la senda aprovechada para disentir del *ser* euskaro de Navarra.

Los euskaros también tuvieron que hacer frente a las continuas acusaciones de separatismo. El separatismo –se defendieron– era español, pues sólo surgía cuando sus adversarios señalaban la incompatibilidad entre los derechos vasco-navarros y la

organización política de España, que ellos siempre tuvieron por hermanables, nada más que con hacer imperar a la justicia.

Los ataques, sin embargo, terminaron por hacer mella en la conciencia euskara, sobre todo porque los hechos corroboraban que no se podía ser español y navarro a la manera euskara: *queremos ser navarros, que no castellanos*, fue su triste lamento. El mismo lamento de vascongados y catalanes.

El fuerismo-fuerismo de Olóriz ha servido para adentrarse en las relaciones entre fuerismo y nacionalismo. Y parece que si de dependencias se tratara, el nacionalismo sería el que tuviera más que agradecer al fuerismo. En la larga cadena de reivindicación de lo propio, la doctrina nacionalista constituiría el último y quizá lógico eslabón, pero cuyo engarce sería impensable sin el fuerismo, su penúltimo soporte. Se hace difícil entender el surgimiento del nacionalismo sabiniano sin tanto años de reivindicaciones fueristas y sí a éstas sin el nacionalismo del P.N.V.

Pero hasta los lindes entre uno y otro término se difuminan, sobre todo a la luz de un nacionalismo cada vez menos separatista y la posible aparición de un fuerismo secesionista, donde la ruptura con España se alzaría como el único camino de defensa foral.

También ha llamado la atención la consciencia euskara sobre el momento que les había tocado vivir, sobre el movimiento de reivindicación de lo propio que por aquellos años se vivía en Euskal Herria y, en suma, sobre el papel que en él les había correspondido jugar. No ha hecho falta, por tanto, relacionar ese movimiento con el vascongado, el catalán o con el que se vivía en la Península y aun en todo el continente europeo. Y es que en último término reconocieron no ser sino los representantes en su tierra de ese gran fenómeno continental.

En este sentido, se alza la élite navarra a la misma altura que su coetánea europea, sin complejos, en plena igualdad, como lo demuestran sus intensos contactos con el exterior y aún más que dichos contactos fueran buscados y valorados por las élites foráneas.

Por eso sus relaciones con los catalanes obligan ya a replantearse el papel de Cataluña como ejemplo y vanguardia indiscutibles. Se deberá destacar asimismo lo temprano de dichas relaciones, que los navarros se aliaran con las tesis más catalanistas o que siempre reconocieran a los catalanes como pueblo. Unido al catalanismo ha aparecido el federalismo. La ausencia de ese componente federal se ha solido presentar también como otra diferencia entre los casos vasco-navarro y catalán. Pero la intensa relación que unió a catalanes y vasco-navarros obligaría ya a poner en cuarentena semejante observación. Además, dichas relaciones se sustentaban también en los estrechos contactos que mantuvieron con el federal Olave. No puede olvidarse tampoco que el propio Campián, por ejemplo, reconociera su pasado federal, un federalismo que le había ayudado a abrazar el euskarismo y que dijo no haber abandonado nunca.

La entrada en escena en 1886 de los carlistas *coincidió* con la desbandada política euskara, síntoma de su debilidad o fortaleza sólo aparente, pero quizá también síntoma de una mayor honradez política. No querían asistir a la futura pugna entre liberales y carlistas, en la que a ellos les tocaría la peor parte, incapaces ya de acercar posturas.

Los euskaros que tras 1886 aparecieron enrolados en distintas agrupaciones políticas, ¿eran todavía euskaros?, ¿hacia qué partido se tenían que haber volcado? Lo único claro fue que quienes hasta 1886 se habían agrupado bajo la bandera política euskara se enrolaron después en los más variados grupos políticos. Quizá porque para entrar en el mundo euskaro no era necesario hacer dejación de los ideales políticos particulares y sólo se necesitaba estar de acuerdo en los preceptos mínimos. Tal vez por eso acabó por convertirse en lugar de paso, de punto y seguido, a donde era muy sencillo entrar y de donde también era demasiado fácil salir.

Tras ese periodo fuerte euskaro, 1876-1886, acaso más aparente que real, los euskaros o mejor el pensamiento euskaro pasaron tiempos difíciles. Fue como si comprobada, además, la imposibilidad de sacar a la Asociación Euskara de su atolladero y conseguido el reconocimiento interior y exterior a su trabajo intelectual, los principales euskaros se volcaran en las tareas culturales de carácter más institucional. Tiempos difíciles, de trabajo oscuro, que culminaron inesperadamente con la Gamazada.

También fue cierto que si la patria despertó lo hizo al estilo euskaro, quizá por la sencilla razón de que los euskaros no habían hecho sino recoger parte de ese ser navarro y lo hacían con la autoridad de formar lo más granado de la élite cultural. Entonces aparecieron las personalidades euskaras, que no el grupo, pero las personalidades que más lejos se habían matenido de la escena política y más cerca del ámbito cultural. Pero Navarra volvió a dormirse y los euskaros retornaron a la cruda realidad.

El Aralar, nuevo proyecto periodístico-político de Campi3n encaminado a unir a todos los navarros a trav3s de la religi3n, tampoco aguant3 el envite. *De la Religi3n a la Patria*, parec3a gritar Campi3n. Ni esto sirvi3.

Qued3 subrayada entonces la soledad euskara. Iturralde en tierras catalanas suspirando por su anhelo imposible de empezar de nuevo; y Campi3n y Ol3riz solos en suelo patrio, meditabundos sobre su Navarra. Ol3riz lo ten3a claro: el *espa3olismo* hab3a terminado por ense3orearse del 3nimo navarro.

Xavier Mina: Un liberal espa3ol y su intervenci3n en la Independencia de M3xico

Manuel Ortu3o Mart3nez

Facultad de Geograf3a e Historia de la Universidad Complutense de Madrid. Octubre de 1998. Dirigida por el Dr. Manuel Ballesteros Gaibrois

En la historiograf3a espa3ola de los inicios del XIX, que incluye el paso del Antiguo R3gimen a la revoluci3n liberal, la guerra de la Independencia, la restauraci3n absolutista de 1814 y sobre todo la grav3sima crisis del Imperio, que dio lugar a las luchas